

# Todavía en torno a género, sexo y qué (y cómo) necesitamos hacer<sup>1</sup>



---

EDUARDO LEAL CUNHA

La primera consideración que se me ocurre, en esta segunda etapa del debate sobre la existencia o no de heterosexuales, se refiere menos al contenido de las formulaciones propuestas, y más a la forma que debe tomar este debate para que valga la pena, ya que muchas veces los múltiples callejones sin salida y enigmas que han surgido se limitan a una disputa entre supuestos identitaristas y los llamados universalistas.

Tal oposición me parece no solo insuficiente, sino principalmente falsa, además de servir más bien para poner un punto final al debate que para alimentarlo. Por un lado, la lógica identitaria ya nos ha revelado sus trampas -he estado escribiendo sobre eso durante al menos veinte años y creo que, aun así, he llegado tarde al debate-. Por otro lado, me parece difícil pensar en una proposición de carácter universal que no se convierta rápidamente en un discurso de poder.

Sobre los temas en cuestión, podemos comenzar de nuevo por el insistente lugar de las identidades en nuestro mundo contemporáneo, en relación con lo cual creo que es necesario ir más allá del reconocimiento de su valor político circunstancial y del esencialismo estratégico -como nos dice Gayatri Spivak- que lo acompaña: necesitamos entender por qué se naturalizó la afirmación de una supuesta esencia o fronteras insuperables entre individuos o grupos. Lo que implica considerar, en nuestros debates

1 Dúplica de Eduardo Leal Cunha a Vladimir Safatle.

como en nuestras luchas, la fuerza de la racionalidad identitaria que, desde la Modernidad, organiza nuestros modos de relación con uno mismo y con el otro en sus vínculos, tanto con la razón instrumental y el modo de producción capitalista y su expansión colonizadora, como con las disciplinas que se fueron construyendo en el mismo marco histórico, entre ellas, el propio psicoanálisis. Después de todo, las trampas identitarias están puestas, y no creo que ninguno de nosotros esté libre del riesgo de caer en ellas.

No se trata, por lo tanto, de defender el uso estratégico de la identidad como si fuera solo para ciertos grupos menospreciados, sino de reconocer que la identidad es la modalidad hegemónica de subjetivación que aún define los límites de las formas actualmente posibles de existencia, para griegos y troyanos.

Esto no significa de ningún modo perder de vista las particularidades de las experiencias singulares. Es evidente que las experiencias de género, práctica sexual, raza y clase social son distintas y ordenadas por diferentes dispositivos y mecanismos de opresión, además de ser lugares de singulares potencias de resistencia a las dinámicas y relaciones de poder. Sin embargo, no se puede pasar por alto que las operaciones de subordinación y silenciamiento que involucran tales condiciones –que hemos aprendido a designar como minoritarias– se entrelazan, se superponen y se refuerzan mutuamente. Esto ya está dicho en muchos libros, pero basta con hablar en una mesa de bar con una mujer trans negra y homosexual para averiguarlo.

Aun si pensamos específicamente en relación con el tema de la identidad y de los movimientos identitarios, puede ser interesante que el desacuerdo en este debate no esté, probablemente, en la crítica a la racionalidad identitaria, sino en la forma en la que intentamos superar dicha racionalidad si queremos demoler sus bases (lo que implica identificar cuáles son esas bases, incluidas las que habitan nuestros sistemas teóricos).

Ciertamente, la valoración de operaciones de desidentificación es relevante y probablemente será fundamental para la producción de nuevas formas de subjetividad –aunque prefiera seguir concibiendo ese trabajo como la reanudación de identificaciones contingentes y transitorias–. Necesitamos, sin embargo, discutir más a fondo cuáles serían las condiciones de posibilidad y también los efectos políticos y subjetivos del rechazo a identificarse en cada caso particular.

Nada más legítimo o admirable, por ejemplo, que rechazar la participación en el régimen sexual actual, marcado por divisiones binarias que se apoyan mutuamente, pero quizás la propia necesidad de este acto político y subjetivo de rechazo implique el reconocimiento de que el dispositivo normativo está en pleno funcionamiento y no es solamente hegemónico, es asiduamente supremacista.

Es decir, rechazar participar del orden heterosexual no significa, en mi opinión, que los heterosexuales no existan; por el contrario, la heterosexualidad existe a punto de que es necesario rechazarla (tal como de algún modo necesito rechazar ser el homosexual definido por la medicina, la industria cultural y también por el propio psicoanálisis).

Evidentemente no se trata, como bien señalan Helena Vieira y Yuri Fraccaroli<sup>2</sup>, de suponer cualquier dimensión ontológica, ya sea de orientación sexual o de generificación del cuerpo, sino de reconocer que, aunque se trate en definitiva de tecnologías, estas no actúan únicamente sobre cuerpos y sujetos, estas los producen, antes de todo.

Aquí se hace inevitable tocar el punto, quizás el más sensible del debate con Vladimir Safatle, cuando me acusa de violento –y quizás lo fui realmente–. Efectivamente, no tiene mucho sentido operar ningún «*outing* al revés», y si lo llamé heterosexual fue para resaltar el hecho de que todos estamos, en nuestros cuerpos y en nuestros saberes, sometidos a esas categorías.

Sin embargo, no puedo dejar de pensar que si Vladimir tiene la opción de no encajar, de rechazar tal posición normativa, o incluso de renunciar al poder que surge de ocuparla, esa posibilidad no se le da a todos los que transitan por los territorios definidos por las normas sexuales y de género vigentes y a menudo caracterizadas por fronteras bien marcadas y siempre vigiladas. Basta pensar en lo que significa para una persona disidente de género, incluso hoy, rechazar la calificación de transexual y tener que, por ejemplo, solo para dar un ejemplo, renunciar a cualquier acceso a la red de salud pública.

2 N. de la E.: Por falta de espacio en nuestra revista, remitimos al lector interesado a <https://revistacult.uol.com.br/home/nem-hetero-nem-homo-cansamos>

Otro punto importante es lo que entendemos como vivencia concreta de lo sexual.

A pesar de estar presente en el primer artículo publicado por Vladimir y de haberse trasladado al título de su réplica, todavía no me queda claro qué debemos entender por ese sintagma y sus elementos constitutivos. No me refiero únicamente a lo sexual -que puede ser el de Lacan, Freud o Laplanche, o incluso lo que Foucault circunscribirá en el dispositivo de la sexualidad-, sino sobre todo a lo que debe ser calificado de concreto, pensando todavía lo que tal adjetivo puede implicar como jerarquía entre diferentes vivencias o interpretaciones relativas al sexo.

En términos más específicos: ¿por qué deberíamos suponer que fantasías, circuitos de afectos y dinámicas de goce constituyen una vivencia de lo sexual más concreta que prácticas corporales o *performances* circunscritas por mandatos sociales?

Tal cuestionamiento sobre lo que entendemos por concreción aún tiene resonancia en los términos que elegimos, por lo que, aunque esta pregunta pueda parecer banal en un principio, es necesario hacerla: ¿Estamos hablando de heterosexuales, de El heterosexual o de heterosexualidad? ¿Qué podemos proponer como inexistente, La relación sexual o las relaciones sexuales?

Finalmente, un tema que siempre me importa ver desarrollado se refiere a la cuestión de la verdad, el estatuto del saber producido por el psicoanálisis y, más que eso, la posición de enunciación que asumimos cuando pretendemos hacer nuestro aporte intelectual a la lucha política y a la transformación de las estrategias que pactan la realidad.

Si queremos superar efectivamente nuestras pequeñas diferencias -con su inevitable y no siempre pequeño narcisismo-, es necesario entablar un programa de acción mínimamente común, que solo será posible con la libre circulación de interpretaciones en competencia, y no con la afirmación soberana de una razón superior. De la lucha política al trabajo teórico, si realmente queremos, al menos desde cierto punto, privilegiar las cercanías más que las diferencias, incluso para evitar una deriva identitaria -la afirmación de sí mismo frente a la descalificación de lo diferente o discordante, y a través de la demarcación de fronteras inevitables entre el yo y el otro-, es vital reconocer la relevancia de las interpretaciones en

competencia, ya que solo ese reconocimiento puede proporcionarnos la base sobre la cual se puede construir una alianza.

Esto significa lidiar con diferentes gramáticas, ya sea para aprender a usarlas o simplemente para rechazarlas. Es en este enfrentamiento de gramáticas, en esta confusión de lenguas, me parece, que son cuestionadas las posiciones que las sostienen y que se puede desestabilizar los discursos de poder, perdiendo así la naturalidad conquistada. Por otro lado, la forma en la que aguantamos estos enfrentamientos, sin descalificar a nuestro interlocutor o incluso oponente, también nos dará una medida de cuánto estamos dispuestos a encontrar aliados y producir un común en medio de las discordancias, común que nos permitirá apoyar otras formas -quizás más hermosas o deliciosamente feas- de vivir juntos.

Especialmente en lo que respecta al trabajo teórico, es necesario también encontrar niveles intermedios de abstracción que permitan la mediación entre la sofisticada elaboración de ciertas formulaciones -a menudo necesarias para producir nuevas inteligibilidades y hacer posibles otras lecturas de lo real- y la experiencia cotidiana de nuestras vidas banales. Para no quedarnos estancados en los circuitos cerrados de la metafísica y tampoco en lo inmediato del fenómeno en su tautología.

Sobre todo, en mi opinión, es necesario encontrar formas y posiciones de enunciación que no pierdan de vista una cierta dimensión cotidiana de los enfrentamientos. Al mismo tiempo, es necesario transformar estas otras inteligibilidades, que nos esforzamos por producir teóricamente, en nuevas prácticas situadas.

En lo que respecta al psicoanálisis, esto implica al menos cierto nivel de autocritica sobre el estatuto de verdad que pretendemos atribuir a nuestra forma de entender el mundo y la experiencia subjetiva, ya que no me parece que sea interesante suponer una soberanía del saber psicoanalítico, que reflejaría imaginariamente la soberanía de lo Inconsciente.

Finalmente, cerrando mi contribución a este debate, quiero agradecer a Vladimir por haber respondido tan rápido a mi provocación y también por la oportunidad de seguir pensando, buscando preguntas más que respuestas. Agradecer también a Helena y Yuri, que supieron destacar otras perspectivas y otras voces en un debate que ciertamente no puede ser monopolizado por lacanianos ni por nadie más. ♦